

NECROLOGIAS DEL EXCMO. SR.
D. ANTONIO FERNANDEZ-CID

Separata de ACADEMIA
Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
Num. 80. Primer Semestre de 1995

MADRID
1995

DON ANTONIO FERNÁNDEZ-CID DE TEMES

Por

ENRIQUE PARDO CANALÍS

Una vez más nos reunimos en este salón de actos, no para celebrar la fausta solemnidad de otras ocasiones sino para rendir con viva pesadumbre el emotivo homenaje de cordial afecto y entrañable agradecimiento a Antonio Fernández-Cid tan lleno de sobrados merecimientos y a quien el Destino nos ha privado, con irreparable infortunio, del regalo de su amistad y del señero ejemplo de su hombría de bien.

Bien hemos visto en los días que han seguido a su óbito la entristecida profusión de condolencias que han venido a evocar en unos, pasajes pretéritos de una común relación, subrayando otros, momentos de sombrío recuerdo, resaltando aquí los triunfos y reconocimiento de su valía, y ponderando todos sus cualidades personales de subidos quilates y humanísimo acento consolador, animando a proseguir sin denuedo la caminata -no a veces fácil- a través de su vida bien probada en amargas contrariedades.

Pero, en el fondo, contando con seguro arrimo de alentadora seguridad, con su filial devoción a la Música que ha constituido para él, sin duda, muy firme referencia de su actividad profesional y, al mismo tiempo, lúcido parabien de su propia andadura, en la que no faltaron expresivos testimonios con nutrido bagaje de críticas, viajes, libros y conferencias.

Y junto a la Música y a su venturoso entorno familiar, la Academia, a la que ofrendó, sin regateos ni cortapisas, sus más nobles ensoñaciones dignas de un caballero andante de otros tiempos, esforzándose más y más con acrecido fervor a lo largo de los años.

Nunca es bueno -se ha dicho y repetido con frecuencia- establecer comparaciones a la hora de los recuentos y parangones, aquí también fuera de lugar. Pero ello no ha de impedir ponderar, como es justo y obligado, su gran amor a la Academia que ha sido, a lo que entiendo, tan continuado como entrañable, permitiéndome recordar que en 25 de febrero de 1980, y para cubrir la vacante de D. José Subirá, fue propuesto por D. Regino Sainz

de la Maza, D. José Muñoz Molleda y D. Enrique Segura, los tres Maestros ya desaparecidos por desgracia. Añadamos que cubiertos los trámites de rigor sería en sesión extraordinaria de 30 de noviembre de ese año cuando resultó elegido Académico numerario.

Cuando ahora he tenido ocasión de consultar la documentación conservada en la Academia he podido leer no sin un palpito de emoción la carta personal enviada manifestando la profunda gratitud por su elección indudablemente ilusionada.

Cubiertos los trámites reglamentarios fijóse la solemne recepción para el día 30 de noviembre del mismo año. ¡Día grande para la Academia y para el propio recipiendario!. A realzar tan señalada efemérides hubo de unirse que el acto se celebró en la Real Academia Española y muy singularmente con la presencia de S.M. la Reina, acompañada en la Mesa presidencial por el Vicepresidente segundo del Gobierno D. Leopoldo Calvo Sotelo, el Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, D. Federico Moreno Torroba y demás componentes de aquella.

Conforme a las normas protocolarias, fueron dos compañeros de Sección del nuevo Académico D. José Muñoz Molleda y D. Andrés Segovia quienes salieron a recibir al recipiendario, acompañándole hasta el estrado.

A continuación D. Antonio Fernández-Cid dio lectura a su discurso acerca de "La década musical de los cuarenta", dedicando emocionado recuerdo a su antecesor, D. José Subirá, de quien trazó muy sentida semblanza, subrayando -como era notorio- su actividad infatigable.

La brillante disertación del Sr. Fernández-Cid fue acogida con cálidas muestras de complacencia.

Seguidamente D. Regino Sainz de la Maza tuvo a su cargo la tradicional contestación a la que dió lectura, por indisposición del autor, el Secretario General.

En la culminación del solemne acto, S.M. la Reina procedió a la imposición de la medalla núm. 32 -de la que fueran titulares, entre otros, los pintores Luis Ferrant y Vicente Palmaroli- y entrega del Diploma correspondiente a D. Antonio Fernández-Cid, en medio de una clamorosa ovación, quedando incorporado a la Academia en calidad de miembro numerario.

A partir de entonces puede afirmarse que la presencia de Antonio Fernández-Cid constituyó -ha constituido- un auténtico modelo de asiduidad y eficacia.

Un recuento no exhaustivo de sus trabajos e intervenciones reflejaría una serie importante de actuaciones -unas cumpliendo misiones encomendadas por la dirección y otras a impulsos de su libre iniciativa y personal entusiasmo. Entre ellas, por su mayor relevancia, no cabe eludir las representaciones que tuvo brillantemente a cargo en la entrega solemne de la Medalla de Honor al Orfeón Donostiarra (1983), el Gran Teatro del Liceo de Barcelona (1986), Fundación "Pedro Barrié de la Maza", Conde de Fenosa (1990) y Misterio de Elche (1993).

A los anteriores han de agregarse la conmemoración del centenario de Oscar Esplá, Julio Gómez y Jesús Guridi (1984), el Concierto - "irrepetible" al decir de Monseñor Sopena- de los "compositores académicos de hoy" y los discursos de contestación a D. Antonio García Abril (1983), D. Agustín León Ara (1989), D. Juan Gyenes (1991), D. Antonio Iglesias Álvarez (1992) y a Doña Victoria de los Angeles (1990), con asistencia de S.M. la Reina.

Con todo, su constante preocupación por los temas musicales -no limitados solamente a la Academia- le llevaría a intervenir cumplidamente en señaladas ocasiones de las que, a título representativo ha de recordarse su exposición -francamente lúcida- en la sesión del 6 de febrero último, abordando con claridad y firmeza la situación y problemas del Teatro Real, con sugerentes perspectivas para el futuro.

En otro orden y a título exponencial tampoco ha de silenciarse su emotiva remembranza de la Biblioteca Musical Municipal que en reciente fecha conmemorativa de sus bodas de diamante venía a honrar la memoria de su creador el insigne Académico D. Víctor Espinós.

Diremos, en fin, que bien cabe afirmar que nada de cuanto afectara a la Música y, en particular, a la Academia de San Fernando -a la que tanto quiso- le resultara en modo alguno indiferente.

Cuando en la mañana del 5 de este mes de marzo asistimos al entierro de sus restos en el cementerio de Pozuelo, una nutrida concurrencia respaldaba con espontánea adhesión la buena memoria que indudablemente dejaba, ha dejado ya, un recuerdo perenne de su gran espíritu y relevante personalidad.

Que Dios le tenga en su gloria.

IN MEMORIAM ANTONIO FERNÁNDEZ-CID

Por

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

Con un fuerte aldabonazo, nos ha llegado la noticia de la muerte súbita de Antonio Fernández-Cid, excepcional crítico musical, conferenciante ejemplar, excelso Numerario de esta Real Academia y fraternal amigo.

Orensano de 1916, licenciado en Derecho, perteneció a la carrera militar en la que alcanzó el grado de Coronel; pero su vocación era la Música y a ella dedicó más de cincuenta años de su larga y fecunda vida, sobreponiéndose en varias ocasiones a sus dolencias que le restaban actividad aunque no dedicación y entrega a su tarea, constituyendo ésta una auténtica docencia, pues, a través de su palabra y de numerosos escritos enseñó a no pocos de sus seguidores -tanto nacionales como extranjeros-; siempre transmitiendo con imperturbable veracidad lo que su alma y sus sentidos percibían, al margen de modas y criterios, que respetaba aunque no compartiese.

Por méritos propios, ingresó en 1980 en esta Real Academia, con un discurso de tesis sobre “la Década musical de los Cuarenta”, estudio modélico, exhaustivo, extenso y profundo, que mereció encendidos elogios del genial Regino Sáinz de la Maza, que hubo de contestarle en nombre de la Corporación. Sucedió en el sillón académico al inefable músico y musicólogo D. José Subirá, de grata recordación en esta Casa.

Su talante humano, de plena cordialidad, le llevó a contestar a varios colegas en el acto de su pública y solemne recepción, recordando ahora, entre otros, los dedicados a Antonio García Abril (1983); Agustín León Ara (1989); Juan Gyenes (1991); Antonio Iglesias Alvarez (1992)... En todos ellos, junto a la relación de los justos méritos de cada nuevo colega, la entrega amical, plena de sinceridad.

Naturalmente fue galardonado con varias condecoraciones, nacionales y extranjeras, y perteneció a Entidades y Academias: lo propuse y se le

nombró Correspondiente de la sevillana de Sta. Isabel de Hungría, asistiendo a alguna de las sesiones ordinarias, y participando en los correspondientes trabajos. Perteneció igualmente a la valenciana de San Carlos y a la gallega de Ntra. Sra. del Rosario; y, con categoría de Honor, a la burguense de Fernán González.

Sus numerosos libros y publicaciones constituyen ya verdadero monumento a su memoria.

Descanse en paz el querido compañero y amigo.

CARTA A MI AMIGO ANTONIO FERNÁNDEZ-CID

Por

ANTON GARCÍA ABRIL

Querido Antonio: Tantas veces escribiste sobre mí, y siempre de forma tan generosa, que nunca imaginé que una vez que escribo de ti sea para expresar el fuerte dolor que me produce tu adiós.

No podré olvidar aquellos momentos allá por el año 1956 cuando recién llegado a Madrid, todavía estudiante de composición, nos conocimos. Tus consejos y tu apoyo los agradecí siempre, y hoy, con el paso del tiempo, adquieren un gran valor porque se confirma aquello que siempre he apreciado de ti; tu señorío, tu honestidad, tu nobleza, el alto sentido de la amistad y tu entregada pasión y amor a la música que has sabido contagiar a tus amigos, a tus lectores e incluso a aquellos que en un momento determinado pudieron discrepar de ti por ser destinatarios de alguna crítica adversa.

Tus méritos te reconocen como figura indiscutible de la crítica musical española. La recopilación de tus críticas, artículos, libros y conferencias nos proporcionarían una imagen muy clara y fiel de la reciente Historia de la Música en España.

¿Quién podría hoy presumir de conocer tantas Óperas como tú has tenido la suerte de vivir y comentar?.

Pocos como tú, podrían ser conocedores de una nómina tan alta de compositores, directores, solistas y cantantes, desde aquellos que oíste y juzgaste al iniciar su carrera, hasta los más importantes artistas consagrados, fueron intérpretes y creadores de las más grandes obras del repertorio de la música tanto española como universal; y tu tuviste el privilegio de ser testigo excepcional de este hecho.

Has sido siempre un impulsor y animador de ideas y proyectos que repercutiesen beneficiosamente sobre el desarrollo de nuestra música. Defendiste hasta el último instante de tu vida el Teatro Real como teatro de la ópera. Es todo un símbolo emocionante que tu último trabajo para el ABC cultural haya sido titulado "Madrid sin ópera, no". Tu último grito casi desesperado en favor

de la ópera, preocupación permanente en tu vida de crítico y que se refleja en esas palabras de este valioso documento; en él dices, “Madrid, la afición de Madrid, el cuidado y respeto a esta afición, exige que, sea en el Real o en el Teatro de la Zarzuela no se interrumpan las temporadas de ópera. Y tristes precedentes aconsejan que se acucie la información responsable, directa y concreta. Sólo de esa forma podremos estar tranquilos; y quizá, con ello, quepa serenar, al menos parcialmente, lamentos e irritaciones de los que, mientras pueden presumir de una ciudad bien alimentada en lo sinfónico, sienten sonrojo ante la penuria inocultable que ya tantas generaciones han vivido, entre esperanzas de un mañana que no acaba de llegar”.

Ese mañana que desgraciadamente no pudo llegar para ti, y que tanta felicidad te habría proporcionado ser testigo de la inauguración de nuestro Teatro Real ya convertido nuevamente en el Teatro de la Ópera de Madrid.

No deja de ser un símbolo también que tu derrumbamiento final se produce cuando inicias en Bilbao y para los amigos de la ópera una conferencia sobre Turandot de Puccini, una de las óperas más queridas por tí.

Sé el interés y la ilusión que tantas veces me transmitistes por el estreno de la ópera “Divinas Palabras”.

¡Que dolor me produce pensar que no podrá tener tu crítica! Tendré que inventármela e imaginarte en el Teatro Real pleno de entusiasmo tomando tus puntuales notas para después salir al periódico con la urgencia que te exigía el deber y el compromiso que tú mismo te impusiste de entregar la crítica en la redacción del periódico para no defraudar a tus lectores y que tuvieran puntualmente la información de lo acaecido.

Ese rigor personal fue una siembra fructífera que germinó dando como resultado el afianzamiento de una sección musical del más alto prestigio consolidada como un espacio periodístico de gran relieve y amplísimo poder de comunicación.

Lograste hacer de la crítica una costumbre, y de la música un apostolado.

Viajaste permanentemente en busca de la música, allá donde estuviera.

Viene a mi recuerdo aquel viaje a Georgia en un momento tan difícil para ti, estaba todavía reciente la operación tan delicada a que fuiste sometido en la que, a partir de ella tu paso decidido quedó mermado; desde ese momento tuviste la valentía de ponerte en viaje con un grupo de músicos españoles para ser testigo y dar fe en tus crónicas de la presencia de la música española en el festival que allí se celebraba.

Solamente una persona como tú, con la enorme fuerza que la música depositaba en ti, se podía aventurar a realizar un viaje tan lleno de incógnitas. Bien es cierto que estábamos todos a tu lado, muy especialmente Loli, y aquí quiero ofrecer mi homenaje de cariño y admiración a esta extraordinaria mujer que ha sabido ser, en unión a la música, lo más importante de tu vida. Te lo dió todo y nada te pidió a cambio, unido a tus hijos, hermanos (ese coro siempre armónico y afinado que tan amorosamente supiste dirigir) te ofrecieron apoyo permanente para que pudieras entregarte con cuerpo y alma a realizar tu máxima aspiración: la música.

Nada podemos hacer para evitar lo irremediable, pero resignados a ello y conociendo tu pensamiento, sabemos que si existe alguna forma de cantar el adiós a la vida, ésta que tempranamente te ha llegado, sería, posiblemente coincidente con tus aspiraciones.

Tu aliento se extinguió en el ruedo de la música, con Puccini; delante de los amigos de la ópera de Bilbao, tus queridos amigos y sin faltar la mirada siempre atenta y amorosa de Loli, tu querida esposa; en medio de un profundo y doloroso silencio en el que palpitaba el aleteo del aplauso a la gran sinfonía de una vida dedicada a la música, ese aplauso que tantas veces supiste brindar a los demás.

Desde lo más hondo de nuestro corazón y con el escalofrío de emoción dolorosa que nos produce tu adiós, nos reconforta saber que entre nosotros queda tu obra como herencia y tu ejemplo como camino a imitar.

Seguiremos esperando tu crítica día a día, querido Antonio.

UN LUGAR ENTRE LAS ESTRELLAS

Por

JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ

La Música es la más espiritual de las Artes. Por medio de ella se puede viajar, volar, soñar con los ojos abiertos o cerrados. Con la Música cabe el desposorio y la entrega total; con ella es posible el más férvido enamoramiento. Ejemplo cumplido ha dado Don Antonio Fernández-Cid. Su entrega le llevó hasta los mismos aledaños de la muerte.

El sillón académico quedó sin dueño; se elevó entre cendales de nubes, remontándose hasta colocarse en el universo astral que Pitágoras asegura es la morada de las almas. La otra vida ansiada discurre entre destellos fulgurantes que ya nunca se extinguen. Su espíritu está incorporado a la inmensa bóveda celeste situada sobre nuestras cabezas. Sin duda el Todopoderoso le ha proporcionado acomodo en la Constelación de Lira, el símbolo musical de nuestra Real Academia. En estos espacios las estrellas se emparejan para multiplicar su brillo. Es el reino de Vega, presidiendo la constelación, situada entre la del Cisne y la Vía Láctea. Allí brillará para siempre nuestro amigo, liberado ya del tiempo y del espacio.

Obligado como todo humano a tomar partido entre el ser y el no ser, apostó por la Música. Y aceptó la misión de amarla, servirla, transmitirla. Misionero de la Música, la paseó por todos los continentes, en forma de libros, artículos, críticas, ensayos, conferencias. En la vida se requieren mediadores, intérpretes, misioneros hemos dicho, para infundir, agrandar y entusiasmar. La tarea quedó cumplida y Fernández-Cid dijo adiós.

El corazón, la imaginación y el anhelo buscan en lo más Alto la presencia del académico llorado. Allí permanece inalterable, comprensible y dialogante. Aún parece escucharse su verbo cadencioso, su mirada encendida, su rostro sonriente.

Le hacen compañía siete figuras femeninas labradas en níveo mármol. Son las Virtudes, que encarnó en plenitud. A su derecha tiene la Fe, con los ojos vendados que proclaman la capacidad de ver más allá de lo meramente

visible. Y a su izquierda se encuentra la Prudencia, con el espejo en la mano para escrutar en la conciencia.

Se dice que cuando agonizaba el pintor británico Gainsborough, Reynolds, ya reconciliado con él, vino a consolarle con estas palabras: “No os aflijáis, pronto estarás en el Cielo y con Van Dyck en tu compañía”. Al evocar, surge esta pregunta: ¿Cuántos músicos hacen compañía a Fernández-Cid en su aposento astral?. A no dudarlo la Divina Providencia habrá satisfecho sus preferencias. Y así podrá escuchar una y otra vez los “Tres Cuartetos” de Beethoven, “Tristán e Isolda” de Wagner, la “Pasión según San Mateo” de Bach, el “Cuarteto” de Debussy y las “Noches en los Jardines de España” de Falla. Y así eternamente, cuando no se siente el agobiante discurrir del tiempo.

Por hilos que desconocemos el espíritu se prolonga. Con esta confianza proyectamos la vista hacia la bóveda celeste y al divisar a nuestro compañero de Academia, le agradecemos la felicidad que nos proporcionó con la pluma y la palabra.

ANTONIO FERNÁNDEZ-CID, ACADÉMICO

Por

ANTONIO BONET CORREA

Antonio Fernández-Cid de Temes, crítico musical, escritor y autor de importantes libros sobre la música española contemporánea, era, además de un sensible intelectual, una persona que pertenecía a un género hoy difícil de encontrar. A sus cualidades de docto analista se unía su integridad moral, el equilibrio de su forma de ser y una acendrada caballerosidad que sólo proporcionan, además de una clara estirpe, una esmerada educación.

En la Academia, de cuyas sesiones era un asiduo concurrente, todos apreciábamos su grata y cordial compañía. Conversador ameno y dotado de claridad en sus juicios era de todos escuchado cuando comunicaba una información, esclarecía un punto oscuro de su especialidad, disculpaba las faltas ajenas o, por el contrario, vehementemente levantaba la voz para denunciar una injusticia o lo mal hecho, viniese de donde viniese.

Hombre de gran cultura y amplios puntos de vista, estaba siempre abierto a lo universal, lo que no le impedía estar profundamente enraizado en lo español y en la tierra galaica de la que era oriundo.

Su pérdida es irreparable. Todos los que fuimos sus amigos y compañeros de Academia nunca lo olvidaremos y nos unimos al dolor de su esposa y de sus hijos. Su inesperada y repentina muerte deja en nosotros, para expresarlos en una lengua que él conocía muy bien un “ronsel de saudades”, es decir una estela de añoranza. Que descanse en paz tan preclaro académico.

“SABER ESCUCHAR”

Por

RAFAEL DE LA-HOZ

En la mesa de esta Real Academia, las secciones de Escultura, Pintura y Música suelen sentarse ordenadamente agrupadas.

La de Arquitectura se reparte -a su amor- entre todas ellas.

De manera que, desde que ingresé, me cupo asentarme a la vera de los músicos y de esta forma la fortuna de cultivar una cálida y respetuosa amistad con mi vecino Don Antonio Fernández-Cid.

Así culminó para mí una admiración que, como la afición con él compartida, me venía de antiguo.

Pues, también desde siempre, él fue acreedor a la máxima estima y consideración por parte del mundo musical.

Y no porque fuera un inspirado compositor, prodigioso director o virtuoso intérprete.

Sino porque Don Antonio era algo no menos importante e imprescindible para el universo de la música.

Fernández-Cid fue el Maestro por excelencia en el arte de saber escucharla, la gran Autoridad en la cultura de su entendimiento, de su apreciación.

Un enamorado quien, como si de amor divino se tratara, se complació siempre en compartirlo con cuantos pudo.

El gran Crítico, guía y hacedor de amantes de la música -quienes, a fin de cuentas, suponen la última razón de ser de ésta-.

Sin esos hombres capaces de sentirla, de extasiarse, la Música, como todo Arte, queda inútil, carece de sentido; simplemente no existe.

Hasta nuestra propia creación puede que estuviere motivada por la imperiosa necesidad que tuvo el Creador de contar con un público que pudiera evaluar su obra y, en consecuencia, maravillarse.

No es cosa fácil ni vulgar el saber apreciar:

Hubo, años atrás, otro gran “Don Antonio”.

Éste fue una especie de Linneo del Flamenco -hasta que él lo clarificó no se sabía bien distinguir entre una malagueña y una cartagenera-.

Añadía a su singular cultura la voz más prodigiosa que el Cante Grande jamás haya escuchado.

Hablamos de Don Antonio Chacón.

En cierta ocasión, el maestro fue contratado a fin de cantar para un grupo de señoritos.

Cuando llegó a la taberna donde aquellos se encontraban, la juerga había ya alcanzado un clímax.

Todos hablaban a la vez.

A la espera del silencio, Chacón, para hacerse notar, comenzó con fina discreción a “hacer el compás”, golpeando pausada, rítmicamente, el suelo con su bastón.

Como ni por esas el vocerío cesara, de repente Don Antonio, con su vara, asestó tres tacazos en el mármol.

Todos callaron. Y entonces, con su poderosa voz, preguntó: “¿Los Señores, ... Saben escuchar?”.

Certera cuestión.

Pues la música no se ha hecho para ser oída.

La música se hizo siempre para ser escuchada.

Y entre el escuchar y el oír media un abismo tan profundo como el que separa el ser del estar.

El “saber escuchar” de Chacón le es tan esencial a la música como a las demás artes lo es el “saper vedere” de Leonardo.

Ahí reside la transcendencia de la misión del Crítico, lo irrenunciable de su magisterio, la profunda filosofía de su ser.

También el porqué de su voluntad de enseñarnos a “saber escuchar”, a “saber mirar”, a salvar en definitiva aquel abismo e ir más allá de los meros sentidos.

Es esa responsabilidad asumida la que impulsa a todo crítico a formar nuestra apreciación, a educar nuestro gusto, a transmitir ese conjunto de conocimientos que nos permitirán paladear a fondo cuanto de bueno la vida ofrece -que no otra cosa es la auténtica cultura-.

Fernández-Cid fue en lo suyo un serio profesional, pero por sobre aquél y más aún, un hombre de sólida vocación -que la profesión se ejerce, pero la vocación se vive-.

Y en una y otra alcanzó la excelencia.

Hasta el último aliento de su vida, cuando las fuerzas físicas ya se negaban a seguir las de su espíritu, esforzada -casi heroicamente- acudía puntual a su cita con el concierto, con los lectores de sus crónicas; al encuentro con la conferencia, con sus oyentes.

Y así le encontró la muerte.

No podía haber sido de otro modo.

Porque dicha irresistible determinación provenía del sentido metafísico de su existencia, de la transcendencia que conlleva la vocación de darse, la total generosidad prestada sin límites sin contrapartidas.

Confesaba que no sabía substraerse al impulso de sumergirse, una y otra vez, en esta armonía para luego relatar su personal entendimiento de la emoción experimentada y tratar así de ayudar a los unos a perfeccionar la interpretación y a los otros a iluminar la percepción de aquella.

En síntesis, su proyecto vital podría resumirse en una sola ambición: Servir -el verbo más bello que existe-.

Este aristocrático distanciamiento de lo material le hacía a menudo entender sus honorarios como lo que por su nombre son: un Honor, y como tal, tanto más grande cuanto menos codiciado.

En la pena y añoranza de su entierro, vinieron a mi mente estos sus íntimos recuerdos trayendo consigo un tierno relato que, de pequeño, impresionó para siempre mi memoria:

Existía en el viejo Madrid un médico -el Doctor Meléndez- quien alcanzó fama, tanto por su mucha ciencia como por su buen corazón.

Corrían malos tiempos y las más de las veces, apiadado, nada cobraba a sus empobrecidos clientes.

Así que también él tuvo que amoldarse a las circunstancias y se fue a vivir a la buhardilla de una destartada casa de vecindad.

En el portal, al pie de la larga y empinada escalera, colocó una placa en la que podía leerse: “DOCTOR ALVARO MELÉNDEZ” “Arriba del todo”.

Pasaron los años y la muerte, que ni a los que curan respeta, le llevó consigo una atardecer de invierno.

Con lágrimas en los ojos, sus apenados clientes le dieron cristiana sepultura.

Pero como seguían siendo pobres no pudieron comprarle la losa que habrían querido.

Entonces, alguien volvió a la casa, arrancó la placa de la escalera, volvió, y la depositó sobre la tumba.

No hubiera cabido lápida más cabal:

“DOCTOR ALVARO MELÉNDEZ” “Arriba del todo”.

Por un instante pude imaginarle.

“DON ANTONIO FERNÁNDEZ-CID” “Arriba del todo”.

Allá en lo más alto, donde los justos, frente al Creador, contemplando cara a cara la luz de su rostro, escuchando la inefable música de las esferas, la armonía arcangélica del absoluto.

La Perfección Divina por fin encontrada.

Descansa en ella, amigo Antonio.

EN LA MUERTE DE ANTONIO

Por

ANTONIO IGLESIAS

Imposible, absolutamente imposible, serenar mi aturdida mente en estos terribles días, para poder ordenar unos pensamientos que se atropellan, una y otra vez, en el intento vano de bosquejar unas palabras certeras, claras y bien medidas, alrededor de la vida y la obra de mi querido, fraternal amigo, compañero en tantas cosas, como lo fue, es y será por siempre nuestro llorado Antonio Fernández-Cid de Temes...

En mi intento siempre hay un punto de partida: nuestro añorado Orense de nacimiento, donde le veo siendo muy niños -él era algo mayor que yo-, naciendo ya de irrevocable manera hacia la Música, acudiendo a los conciertos de aquella inolvidable Banda Municipal, a los que asistía con puntualidad, remedando en las escaleras del templo de la Alameda tímidos gestos de director, algo por lo que Antonio suspiró toda su vida... Sus padres, muy amantes de la buena música, la disfrutaban dentro del naciente disco de 79 revoluciones, escuchado con deleite y, lo que es muy significativo, comentado con algunos de sus amigos, con sus hermanos, por el futuro primer crítico musical de España.

No ya por el obligado compromiso académico de la brevedad, sino porque así vuela mi pensamiento, distingo ya a Antonio en Madrid, donde se traslada la familia a la muerte de su padre... Sabíamos que estudiaba en El Escorial y, muy pronto, será Licenciado en Derecho. Pasa nuestra cruenta Guerra Civil -supe que fue encarcelado en San Antón de la calle de Hortaleza, con otro querido compañero en esta Real Academia, recientemente fallecido, Joaquín Pérez Villanueva-, y pocos años más tarde, le veremos con los entorchados de Teniente Coronel Ayudante del General Interventor General, con el flamante uniforme militar que, en ocasiones y debido a las prisas, vestía en alguno de los conciertos en los que solíamos coincidir.

Un día, ya siendo crítico del "Arriba", además de colaborador de "La Estafeta Literaria", de "El Español", etc., tiene la deferencia de consultarme

acerca de su decisión de abandonar cuanto no suponga una relación profesional con nuestro mundo musical, para dedicarse a la Música por entero, y yo me equivoco y él acierta. Desde aquel entonces, bien puede decirse, Antonio Fernández-Cid, se erige en sobresaliente imagen de la vida musical de España, desde una tribuna madrileña que, pasando por la colaboración, llegará a cristalizar en su dilatada titularidad como crítico de "ABC". Pronuncia miles de conferencias, no tan sólo entre nosotros, sino en muchísimos lugares del extranjero; colabora en la radio y la televisión, y da a la imprenta una treintena de libros; enseña a los jóvenes "pilaristas" o en la Fundación Juan March; nadie podrá comparársele, ni muy de lejos, en su incesante y arrolladora trayectoria musical y musicológica.

El simple aficionado, sencillo o encopetado, le seguía en sus juicios, le consultaba a menudo; pero asimismo el profesional -disimulándolo no pocos-, participaba en esa pregunta que, con su acostumbrada agudeza, formuló en estos días nuestro admirado Joaquín Rodrigo: "¿qué dice hoy Fernández-Cid en el ABC?. Porque todos, sin excepción, le sabíamos certero y orientador. ¿Cómo pudo llegar a tanto?. En primer lugar, y sin ningún género de dudas, por una tremenda afición; una afición que le llevaba a asistir, no ya a todos los conciertos habidos y por haber, sino también la que le incitaba a estudiar en los ensayos múltiples, ansioso gustador de la Música que, no satisfecho del todo con el arduo trabajo de la crítica cotidiana, se extendía hasta en repetidas ocasiones a la nueva escucha del mismo concierto y obra ya enjuiciada; algo, verdaderamente increíble...

Esta enorme vocación musical, este gran amor que para Antonio Fernández-Cid supuso por siempre la Música, se apoyaba además en una capacidad de trabajo portentosa, en una seriedad que, la puntualidad y el máximo cumplimiento de la palabra dada, sostenían con inusitada ejemplaridad. Ésto, el ejemplo desprendido de su trabajo, de sus conocimientos, su innata sensibilidad artística también, nos llevaba a admirarle sin reservas; unos pocos segundos -apenas cinco-, eran suficientes para que Antonio nos asegurara el exacto número de componentes de cualquier conjunto actuante, sin temor a una posible equivocación, perceptor admirable de un continente interpretativo del género que fuere.

En este somero, atropellado relato, quizás haya podido llegar a suscribir un humilde, pero muy sincero, juicio personal, acerca de la figura que aquí

queremos evocar, a través del espontáneo relato de algunos trazos de su misma vida, de su propia obra. Quedan, por fuerza, innumerables alusiones simples a trozos y retazos interesantes que, lamentándolo, es preciso evitar, en aras de esa obligada brevedad aquí comprometida. Tal, la referencia orgullosa a una amistad mantenida durante más de setenta años, a una fraternal colaboración que me brindó siempre y a la que yo pude ofrecerle, cuantas veces él me honró solicitándomela.

Hace un par de semanas, aquí, en esta Academia, una disertación suya, sobre un tema tan querido de él como era el de la ópera y el Teatro Real, fue atendida con el máximo interés de todos sus compañeros; y volvió a tomar la palabra, con muchísima carga emotiva, evocando la figura de nuestro querido y admirado Manolo Rivera, en sesión como la que aquí esta tarde nos reúne. Tendría que intervenir, él el primero, en un próximo Cursillo por mí dirigido en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense de Madrid, en El Escorial, ilustrándonos con su insustituible aportación y conocimiento acerca de la "Actualidad de nuestras orquestas", en igual medida que resultó serlo su brillante intervención del pasado año, sobre el sempiterno problema del Real Madrileño. Le esperaremos, siempre, en "Música en Compostela" -los Cursos Universitarios Internacionales de Música Española, de los que Antonio fue su más eficaz propulsor-, donde le aguardábamos para enriquecernos con su conocimiento de la figura y obra de su admirado maestro Eduardo Toldrá... Proyectos y más proyectos que ya no tendrán una realidad...

Su desmedido amor por la Música, únicamente, podría ser superado por el que le dedicaba a su esposa, su amada Loli, a sus hijos, a sus hermanos, y se enlazaba en una gran familia, en la que cabían sus más auténticos amigos, y me consta, lo supe muy bien por sus muchas demostraciones, que yo me encontraba entre ellos.

He de poner ya un punto final a estas tan deshilvanadas palabras... Tuvimos un común amigo en nuestro querido Orense: el filósofo Vicente Risco; aseguraba Don Vicente, que las cosas en nuestra vida, son siempre "a según". Y ello es harto evidente; porque al abandonarnos Antonio ahora, si es bien cierto que un trozo muy nuestro, de nuestras mismas entrañas, se desgaja dolorosamente con su partida, nos queda su ejemplo profesional, humano, y cristiano también, para continuar el recorrido que el Señor nos determine; Él, le habrá ya acogido en su seno. Que así sea.